

LA CRÓNICA

Otro Planeta

ARCADI ESPADA

Todo, desde hace muchos años, es felizmente igual. En torno del día de Santa Teresa, que es el santo de la señora, suenan los dulces clarines de Planeta y decenas de periodistas se llegan hasta los Tres Molinos, en un estribo de la ciudad, para asistir a una de las ceremonias más prodigiosas que el universo mundo editorial pueda convocar. Periodistas, los nuevos, los viejos y los viejísimos, reunidos con Lara en un cónclave infrecuente y amable.

—Yo pensaba que la mitad de los que han venido aquí ya estaban muertos.

Eso lo dice el colega Alfred Rexach, con el cruel desparpajo que da el oficio y la inevitable seguridad de que dentro de algunos años alguien va a meterle, sin contemplaciones, en ese saco. Cada año, Planeta convoca a los vivos y a los presuntos con un anzuelo que por tierno y tradicionalísimo —tan tradicional que está ya casi en desuso— no ha perdido eficacia: hay un regalo. Siempre un *gadget* electrónico, algo de eso que cuesta decidirse a comprar, pero que luego actúa en las casas con la efectiva seducción de un capricho. Un contestador automático, una televisión de bolsillo... este otoño se trata de unos auriculares inalámbricos. Parecen útiles: en cada mesa hay un colega sabio que ya está enseñando a los demás el manejo y los detalles. Los periodistas recobran, por los días de Santa Teresa, por un momento, su irrevocable origen de paniaguados. Es congratulante.

¿Crisis?

Pero hemos venido, sobre todo, a ver a Lara. Al mejor Lara, que la noche del premio ya es un hombre mucho más apaciguado por la retórica cortesana, por el brillo de los otros figurantes.

—Hooooola.

Difícil reproducir la honda bronca tabernaria que destila su voz cuando saluda.

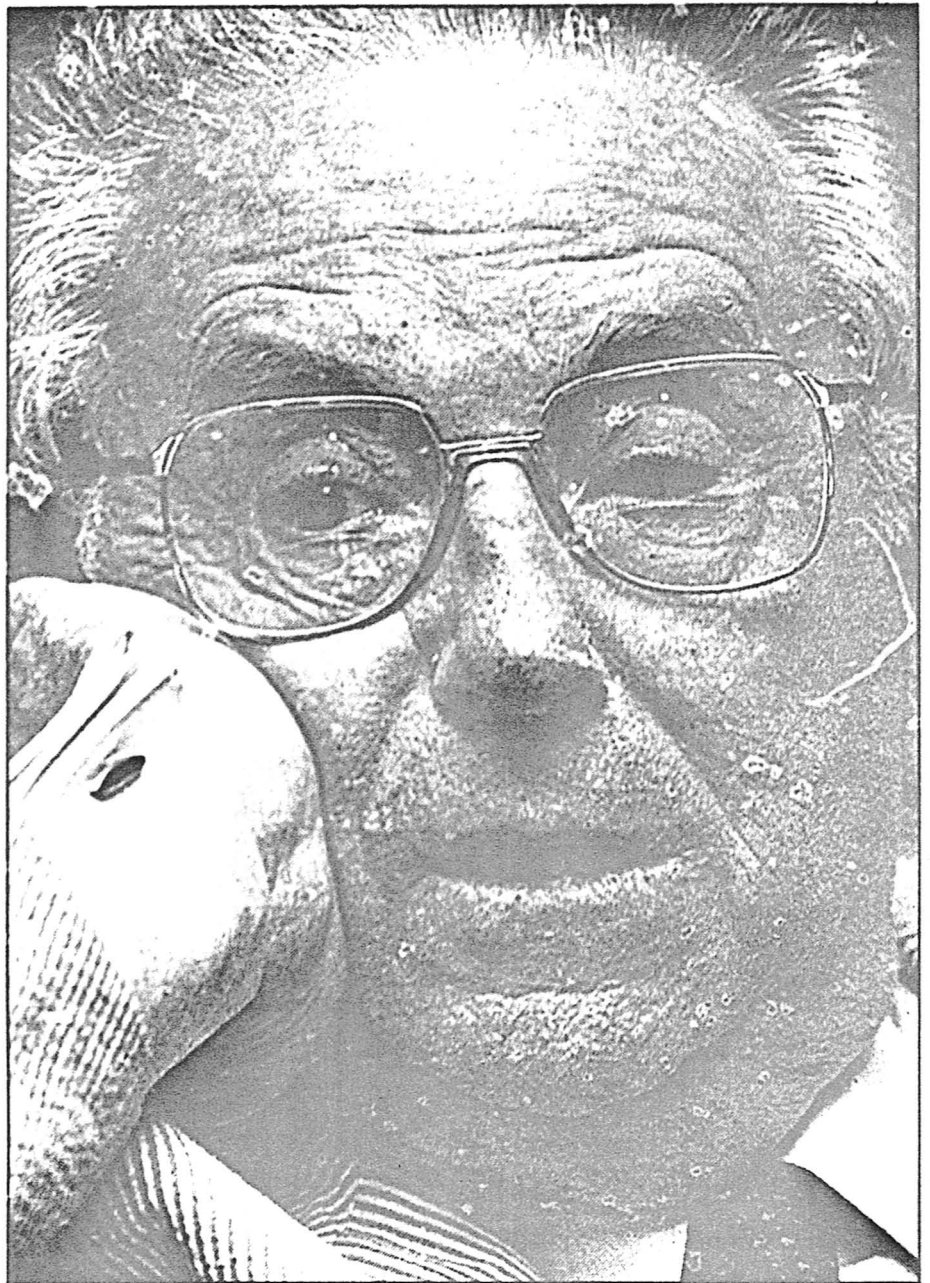
—Dios me trajo al mundo para ayudar a los escritores españoles. Hace 42 años los españoles escribían con seudónimo extranjero para poder publicar. Ahora es al revés. ¿Crisis? Vendemos cuatro veces más.

Este es, justamente, el momento en que los ejecutivos de la editorial tiemblan: silencioso maremoto de los hijos, de los *yuppies*.

—Este año hay dos novelas: una biografía novelada y una novela sensacional.

Todo el mundo sabe que la novela sensacional no ganará. Siempre, la novela de Lara se queda a las puertas del éxito final.

—Pero a mí me gustan los coloquios. Vamos. Que sería una cabronada que ahora les leyera estos papeles con las novelas.



EL PAÍS

José Manuel Lara.

Se los llevan a casa y lo miran si quieren.

Y es el coloquio el que abre la compuerta surreal. Una señorita se levanta y le pregunta por Chenchó Arias, el nuevo director general del Madrid, y Lara contesta evocando una promoción entre el Barcelona y el Murcia, hace ya muchos años, cuando la televisión en blanco y negro. Luego, otra señorita rezuma bilingüismo entre los labios. Ahí el viejo no juega, aunque juegue con sorna.

—Le dije a Jordi Pujol: no metas el catalán por obligación. Mételo por placer. Es como hacer el amor: gusta si a uno no le fuerzan. Si a ti te fuerzan al *jarre que jarre*, ni *jarre ni jarre*.

Y ahora... ahora va a levantarse el caballero Antonio Lucena, general de división. Nadie, ni él siquiera, se sorprende de estar aquí.

—¿Te acuerdas, José Manuel, te acuerdas cuando tomamos Madrid? Voy a explicarme, señores. Yo soy de Cazalla y man-

daba una centuria cuando entramos en Madrid. Yo era tu superior. Bueno, quiero felicitarte. Por todo.

—Buen muchacho. Señores, éste es el único hombre con el que he dormido. Entramos en un pueblo, lo tomamos, y ahí estaba la cama del alcalde, recién hecha y limpiata. Qué gozo...

Y entonces comeremos sobriamente, y estarán en la mesa del jurado, al fondo, aplacando los últimos resquicios de duda Martí de Riquer, José María Valverde, Carlos Pujol, tres gigantes, tres inauditos gigantes en un premio inaudito, en una ceremonia inaudita, bajo la égida inaudita del gran Lara, aquel que, en un momento u otro, les salvó la vida, la vida que importa, la pequeña vida de cada día a todos ellos. Y cerca ya de las cinco, con la luz impura y humana, el gran Valverde cruzará los puentes de Esplugas a nuestra vista, confundido, solo y vagabundo, en el brazo un incómodo paquete con un par de auriculares inalámbricos.